

MI HIJO MIGUEL (*)**Edgardo Enríquez Fröden (**)**

8 páginas

Como todos los hombres, he tenido en mi vida momentos felices y otros muy amargos. Desde el 11 de septiembre de 1973, día de sangre y de traición, estos últimos han sido muchísimo más numerosos y más crueles, A las penas que, con mi mujer, hemos debido sufrir, inmensas e irreparables, se han sumado, golpeándonos también con su brutal crudeza, las de varios millones de chilenos que carecen hasta del derecho a llorar en público, y, por supuesto, tampoco pueden protestar contra la injusticia, el abuso, el atropello, el desempleo y el hambre.

Hoy día, gracias a ustedes, hermanos cubanos, estamos mi mujer y yo viviendo momentos de intensa emoción, inolvidables, preñados de posibilidades y esperanzas. Han querido ustedes, y su gobierno ha accedido a ello, han querido ustedes, repito, poner el nombre de nuestro hijo Miguel a este hermoso y moderno hospital regional clínico quirúrgico.

¡Qué gesto tan bello el vuestro! ¡Cómo conmueve hasta las fibras más profundas de nuestros espíritus! ¡Un hospital regional con el nombre de nuestro hijo! ¡Cuán orgulloso habría estado él que dedicó toda su vida al estudio de la medicina y de los problemas del pueblo, precisamente para poder servirlo mejor, para darle ese bienestar físico, social y espiritual a que tiene derecho, y que exigen los modernos conceptos de salud.! Era apenas un niño, no había cumplido todavía diez años de edad, cuando ya orientó su vida hacia esos objetivos. Una fría mañana a comienzos de octubre, poco antes de irse a la escuela, vino corriendo hacia mi. "Padre, me dijo con agitación. Ahí, al frente, en esos sitios desocupados hay varios niños durmiendo. Pasaron allí toda la noche. ¿Por qué, padre? ¿Es que no tienen casa?". Al contestarle que seguramente era así, se le llenaron de lágrimas sus ojos. "¿Cómo voy a poder vivir tranquilo?, me dijo. ¿Cómo voy a poder dormir en mi cama, si a pocos metros hay niños durmiendo en la calle?". Desde ese día, en efecto, ya no pudo vivir como los demás niños. Esa mañana de octubre nació Miguel Enríquez Espinosa, el luchador.

Jugaba, reía, hacía bromas, pero, principalmente, leía, preguntaba trataba de informarse, de comprender lo que no sabía. ¡Cómo lo temían los profesores o inspectores arbitrarios o negligentes!, Con lógica demoledora, con espíritu indomable, defendía la causa de sus compañeros cada vez que alguno quería hacerlos víctima de atropellos o injusticias. Una vez, por una de esas defensas, un mal profesor pidió se le sancionara en forma ejemplar. De inmediato se alzaron varias voces en su defensa. El no le faltaba nunca el respeto a nadie, dijeron, pero dice lo que estima justo, y lo expresa con claridad, con unos razonamientos que son realmente admirables. Es extraordinaria la cultura que ese niño ya posee, es excepcional su eterna curiosidad, su ansia de saber, su pasión por la justicia. ¿Que a usted le ha molestado, colega, la forma como Miguel respondió ante su actitud? Bueno, ya lo sabe, sea más cuidadoso cuando

él esté presente y alégrese de que haya niños así. ¡Ojalá tuviéramos muchos más como él!

A los 16 años de edad, siendo ya alumno de primer año de medicina, tuvo una larga discusión con el Rector de la Universidad de Concepción ante todo el alumnado, el Honorable Consejo Universitario y una buena cantidad de sus profesores. El Rector, molesto por algunas protestas de los estudiantes por ciertas exigencias exageradas de los directores de los Institutos, los había reunido en Asamblea General para llamarles la atención. En un momento de apasionamiento, les dijo que eran unos mediocres, que aspiraban a obtener un título universitario sólo para lograr seguridad económica, escalar situación social y asegurarse, en su medianía, la eficiente y oportuna protección de los respectivos colegios profesionales para cada uno de sus errores. Contestó el Presidente de la Federación de Estudiantes, alumno de quinto año de Leyes: humildemente solicitó de las autoridades universitarias que los perdonaran en atención a su juventud e inexperiencia. Entonces pidió la palabra Miguel, con voz serena, pero entera y potente ante la estupefacción general, expresó: "No le acepto sus palabras, señor Rector, las considero insultantes. Usted nos ha tratado de mediocres que sólo buscamos un título para lograr ventajas y privilegios. Le exijo que retire sus expresiones." Algo sorprendido, pero seguro de sí mismo, sonriente y burlón, le preguntó el Rector: "Y qué es usted, entonces? Acaso un ser superior?" Risas generales. Sin perder la calma, replicó Miguel: "No soy un mediocre. Lo he demostrado al egresar de sexto año de Humanidades y aprobar mi bachillerato. Formo parte, pues, de ese 1% de cada generación escolar que alcanza en Chile tal situación. Además, señor Rector, una comisión especial de profesores de la Universidad, después de estudiar mis antecedentes y de interrogarme por cerca de una hora; me seleccionó en uno de los primeros lugares entre cerca de mil postulantes para primer año de medicina. Represento así, a una fracción de ese 1% de cada generación que aludía hace unos momentos. No soy, pues, un mediocre, y tampoco he venido aquí en busca de un título que me sirva para escalar posiciones de privilegio. Quiero ser médico para servir a mis semejantes, no para aprovecharme de ellos. No puede usted, como Rector de una Universidad, tener ese concepto de sus alumnos, y lo desafío, señor, para que vayamos juntos ante el presidente del Colegio de Abogados, su colegio, a que repita allá, en su presencia, sus conceptos despectivos para los profesionales en general, y para el papel que, según usted, estarían cumpliendo los Colegios como defensores incondicionales de los errores que, debido a su mediocridad e ignorancia estarían cometiendo sus colegiados". Silencio absoluto en la Asamblea. El Rector, ya sin sonrisas, perdida la serenidad, le respondió en torna irónica e hiriente. "Señor, replicó entonces Miguel, está usando conmigo una vieja táctica: quiere ofenderme para que, enojado, le falte yo el respeto. No lo voy a seguir señor; no voy a cometer el error de caer en la trampa. Lo único que le he pedido es que retire sus palabras ofensivas que hieren, además, mis ideales de estudiante de una profesión digna". Y se sentó. Fuera de sí, quiso el Rector ordenarle que se pusiera de pie y continuara discutiendo. "No, señor, dijo Miguel claramente. Me niego a seguir esta discusión con usted; no ha sido usted leal en sus procedimientos con un alumno que sólo ha protestado por sus expresiones desmedidas e insultantes. Me niego". Y continuó sentado. Tensión inmensa en el ambiente. Nadie hacía un solo movimiento o ruido. Volvió a hablar Rector. Con mucho cuidado, escogiendo sus palabras, reconoció que no había sabido expresar con claridad sus ideas. "Puede, dijo, que se las pueda tomar como insultantes. Nunca fue esa mi intención. No podría yo, Rector de una Universidad, continuar moralmente sirviendo mi cargo si creyera que los alumnos que estamos formando son mediocres, ambiciosos e interesados.

Tampoco he querido menospreciar la labor de los Colegios Profesionales". Se relajó el ambiente. La reunión terminó con una solución armónica para el problema planteado entre los alumnos y los directores de los Institutos. A la salida, un consejero de la Universidad, de esos que nunca faltan, propuso al grupo de autoridades universitarias, que se disponía ya a tomar sus automóviles, expulsar a Miguel en la próxima reunión del Consejo por su actitud irrespetuosa. ¡Cuidado!, le dijo el Rector. A ese joven, mejor dicho a ese niño, no me lo toca nadie. Yo fui el culpable. Menosprecié al auditorio. Siendo seguramente el menor de todos los presentes, fue el único que reaccionó como todo un hombre. Me llamó la atención en la forma que me merecía por mi ligereza inexplicable. Nadie le toca a él un pelo".

Con un grupo de sus compañeros, entre los que estaban Bautista van Schouwen, Luciano Cruz, mi hijo Edgardo, Andrés Pascal, y otros tres o cuatro más que no nombro voluntariamente para no exponer a sus familiares que todavía residen en Chile, formaron un grupo de estudio y trabajo. Leían, estudiaban, discutían horas enteras todas las noches. Analizaban y devoraban todo cuanto había ocurrido o estaba ocurriendo en Cuba. Fue así como formaron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el MIR, que rápidamente ganó adeptos entre los jóvenes universitarios, pero que, como era de esperar, fue también combatido enérgicamente por otros grupos y partidos políticos. Hubo cientos de asambleas y foros realizados, primero en Concepción y después en otras ciudades de Chile. En ellos, Miguel ganó fama de ser terrible adversario en la polémica, tanto en una discusión seria y profunda sobre política, economía o filosofía, ciencia o historia, como en una en que primara el ingenio, la respuesta rápida, ocurrente, oportuna, divertida, que aplanaba al contrario. Hombres fogueados, parlamentarios de gran experiencia, cometieron ese error; al verse perdidos en un debate razonado en que pretendieron defender la sin razón de los poderosos, quisieron salvarse mediante el chiste fácil, la postura en ridículo del adversario; ¡qué mal les fue siempre con Miguel en ese terreno!

Una vez, desesperados, los reaccionarios llevaron a una asamblea un centenar de muchachitas, hermosas todas, para que no lo dejaran hablar mediante gritos, consignas, etc. Miguel, en el centro de la sala, las contempló un minuto, dos. En seguida avanzó hacia donde ellas estaban, y con esa sonrisa contagiosa que iluminaba su hermoso rostro, hizo un ademán de abrazarlas y besarlas a todas. Sorpresas, risas generales. Terminaron aplaudiéndolo a rabiar.

Muy pronto, ya nadie se atrevía a enfrentarle públicamente; sacerdotes, diputados, senadores, profesores universitarios, políticos, eludieron los foros en que Miguel participaba.

Un día llega a Concepción el senador norteamericano Robert Kennedy. Lo acompañaba numerosa comitiva norteamericana de políticos, periodistas, guardaespaldas, operadores de cámaras de cine y de televisión, etc. Se reunió con las autoridades, los intelectuales, los periodistas, los políticos, los delegados estudiantiles chilenos, en una amplísima conferencia. En un momento dado, mientras hablaba un chileno, el senador Kennedy tomó el micrófono de la grabadora e hizo un comentario en inglés que provocó la hilaridad de toda su comitiva. Miguel, que estaba en el fondo de la sala, avanzó resueltamente y en medio de la sorpresa general tomó con decisión el micrófono de manos del senador norteamericano y en perfecto inglés le enrostró su actitud. "Usted, le dijo, ha venido aquí, no interesado por nuestros problemas, ni a buscarles solución. Usted está trabajando su campaña para la presidencia de Estados Unidos. No le acepto que venga a utilizarnos a nosotros para fines personales

suyos. Si quiere chistes y hacer reír, yo también puedo contarle varios que se refieren a Vietnam, o a la explotación de nuestros obreros por capitales y sociedades nacionales y extranjeras. Vamos a Pueblo Hundido, junto a las minas de carbón de Lota, y allí podrán reírse ustedes, todos hasta las lágrimas viendo tanta miseria y abandono". Robert Kennedy se puso serio, algunos de sus guarda-espaldas quisieron avanzar, él los contuvo con un gesto. Cambiando totalmente el tono y el nivel de la reunión, discutieron mano a mano con Miguel, en inglés, sobre diversos problemas nacionales. Entusiasmado y muy cordial lo invitó a visitar Estados Unidos con todos los gastos pagados. Miguel no aceptó y lealmente le recomendó que no fuera a una asamblea que tenía programada con los estudiantes. Kennedy no siguió su consejo y se debe haber arrepentido de ello porque allí recibió violenta y bulliciosa contramanifestación estudiantil. Sin descuidar sus estudios de medicina, pues sabía distribuir su tiempo en forma admirable, viajó por Chile, Perú, China, Checoslovaquia, Cuba, Francia, Hong Kong, etcétera. Todavía no llegaba a sexto año de medicina, y ya había conversado con los más altos exponentes de la política nacional y muchos líderes internacionales, especialmente cubanos. En Perú, seguido de cerca por la policía, sostuvo larga entrevista con un dirigente que estaba en la clandestinidad, y en China se reunió muchas horas con médicos y líderes obreros y políticos distinguidos.

Cuando fue a Santiago a rendir su examen de médico, ya era conocido como dirigente revolucionario. Tenía 22 años de edad, Debió enfrentar comisiones de examinadores reaccionarios, algunos de los cuales hicieron cuanto les fue posible para perjudicarlo. Podría contarles, por ejemplo, su examen de clínica obstétrica, en el cual el profesor debió aprobarlo con distinción, ante todo el auditorio contrario a Miguel que se había reunido en la sala para ver como ese médico reconocidamente derechista despedazaba y postergaba a ese joven y equivocado dirigente rojo. Sin perder la calma ante los gritos e interrupciones del examinador, Miguel lo obligó a confesar que no había asistido al último congreso de obstetricia en que se había debatido extensamente la enfermedad de que padecía la paciente que le habían entregado minutos antes y terminó recomendándole que adquiriera y leyera la última edición de la obra de un famoso obstetra en la que éste preconizaba el tratamiento propuesto por Miguel y rechazaba, en cambio, con fundadas razones científicas y experimentales, el que estaba proponiendo el examinador. "Señor profesor, terminó Miguel, en el capítulo tal, del tratado, puede usted encontrar lo que le estoy diciendo. Pero cuide de que sea la última edición la de hace seis meses, y no la anterior, de hace años, que parece es la que usted posee". Todo el auditorio aplaudió en entusiasmado.

Obtuvo su título de médico recién cumplidos los 24 años. Fue aprobado con distinción máxima. En concurso nacional, ganó una beca en el Instituto de Neurocirugía del profesor Asenjo y Héctor Valladares. Cumplía con brillo las exigencias de su especialización cuando el presidente Frei inició la persecución policiaca al MIR. En junio de 1969 pasó a la clandestinidad y debió, así, abandonar prácticamente la medicina.

Aceptó el sacrificio, pero debo declarar que la última vez que estuve en su casa, poco antes del golpe de septiembre de 1973, me mostró los libros de medicina que había adquirido no hacía mucho "para mantenerme al día, me dijo. Aunque sé, agregó, que como están las cosas en el mundo actual, solamente por la vía revolucionaria será posible lograr el bienestar y la liberación de las mayorías. Es a esa labor a la que debo dedicar toda mi atención, y la hago poniendo en ello

todo el calor de mi vida".

Tendría tanto más que contarles de Miguel, ese médico revolucionario e idealista que fue nuestro hijo. Hablarles de su amor a la vida, de sus ansias por alargar y multiplicar las horas para alcanzar a hacer todo lo que él quería. "Un día, no sé cuándo, solía decir, voy a caer. Mis huesos quedarán por ahí, tal vez, blanqueándose al sol. Mi temor es no haber alcanzado a hacer cuanto he planeado".

Quisiera contarles de su preocupación, de su amor por los niños. Cada vez que podía pasaba horas enteras con ellos; los escuchaba, jugaba, contestaba con seriedad sus interminables preguntas, les enseñaba a silbar, a imitar animales. Ellos lo adoraban, se le subían por la rodillas, estaban de fiesta en cuanto él llegaba. Me gustaría hablarles de su dolor ante el sufrimiento de los pobres y desvalidos. La mujer enferma y abandonada, la mujer embarazada, la mujer con un niño en brazos, la que estaba dando a luz, la que pedía limosna para sus hijos, eran para Miguel el primer deber de la revolución. Niños y mujeres, enfermos y jóvenes privados de toda posibilidad de estudiar y progresar, merecían para él atención preferencial. "Por ellos luchamos", me dijo en más de una ocasión.

Era, en cambio, implacable con los flojos y remolones, con los patrones que explotaban a sus obreros y empleados, con los profesionales preocupados de hacer dinero, especialmente los médicos pendiente de comprar el último modelo de automóvil, con los arbitrarios, con los oportunistas -candidatos eternos a mayores facilidades y ventajas-, con los que perdían el tiempo y las posibilidades. Odiaba la injusticia, la crueldad, la torpeza, la ignorancia, la hipocresía política. Con éstos, con los falsos políticos, era terrible y despiadado. "A usted, le dijo un día a uno de ellos en una asamblea después de haberlo desenmascarado públicamente, sólo le queda retirarse de esta sala, de rodillas, avergonzado y pidiendo disculpas por toda una vida de engaño e hipocresía". Se trataba nada menos que de un senador que, haciendo alardes de indignación, se retiró sin embargo, humilde, resignado y precipitadamente. Admiraba a los luchadores de todos los tiempos. Con qué entusiasmo leía cuanto había sido escrito por ellos y sobre ellos, conocía detalles de sus vidas y sus pensamientos ignorados aun por sus connacionales y especialistas.

Cuando murió el Ché sufrió intensamente, se puso enfermo. Pero, con esa voluntad que lo distinguía y caracterizaba se recuperó de inmediato y organizó actos en homenaje a tan sobresaliente luchador. Recordó en ellos su vida ejemplar de revolucionario, lo que había significado para la liberación de Cuba, cuánto habían influido sus pensamientos y doctrinas en la formación ideológica de él mismo, de Miguel y del grupo de muchachos que habían creado el MIR. "Su muerte, dijo, priva a la liberación americana y a los oprimidos del mundo entero, de las armas más eficaces y poderosas: La preclara inteligencia, la voluntad indomable del Ché. Pero, agrego, aún después de muerto, él seguirá luchando con nosotros. Su ejemplo guiará nuestras acciones revolucionarias. Su muerte misma, luchando, nos ha señalado un rumbo, nos ha dado un ejemplo, que ninguno de nosotros podrá olvidar cuando llegue el momento". Lo escuchaban silenciosos y emocionados Bautista van Schouwen, a quien también he querido como un hijo, Sergio Pérez, José Bordaz, Fernando Krauss, Alejandro de la Barra, Juan Carlos Perelmann y muchos otros,

Todos ellos, y él mismo, habían de vivir, años después, los momentos que esa tarde Miguel vaticinaba. Y todos, supieron cumplir sin vacilación alguna con la

norma que voluntaria y racionalmente se habían impuesto, racionalmente he dicho, y sé por qué lo digo. Un día, no hace mucho, revisando y ordenando los papeles de Miguel, encontré una hoja entre sus apuntes. Tenía fecha primero de Enero de 1962. Estaba escrita de su puño y letra y firmada por él. "Juro, -decía en ella- que viviré sin temor ni pusilanimidad, siguiendo sólo los dictados de mi conciencia, sin temor al ridículo, al qué dirán o a la opinión ajena. Si no fuera constitucionalmente valiente, me haré valeroso por la vía racional". Tenía 17 años cuando escribió esto. Quienes lo conocieron saben que siempre vivió de acuerdo a ese pensamiento haciéndose valeroso por la vía racional. No dejando nada entregado a la casualidad o a los instintos. Así se explica que, amando la vida tan intensamente, estuviera exponiéndola cada vez que su razón le indicaba que era necesario. Personalmente cumplía las acciones más riesgos pese a las protestas de sus compañeros.

Amaba a sus dos hijos con ternura conmovedora. La mayor, Javiera, de cinco años, que ahora vive con nosotros en Inglaterra y sabe de su muerte heroica, siempre está recordándolo. "Todas las noches, me dijo un día, sueño con papá Miguel". ¿Como?, le pregunté extrañado, ¿sueñas con él cada vez que te duermes?". "No, abuelo, me explico, es que todavía no me he dormido cuando recuerdo las veces que estábamos juntos y él jugaba conmigo. Se tendía a mi lado en el suelo o en mi cama me explicaba todo, me leía, me abrazaba, así, abuelo...", y mientras hablaba, ella me apretaba tiernamente con sus bracitos. En la última carta que de Miguel recibimos, nos hablaba de su compañera Carmencita, y de su felicidad porque ella esperaba un hijo suyo. Amando tanto la vida, quedándole tanto por hacer, seguro como estaba del triunfo final... "Vamos a derrotar a esos carniceros. No te quede duda alguna de ello, padre", me decía en esa su última carta. Sin embargo, a pesar de todo eso, prefirió continuar y organizar la lucha desde el interior de Chile. Sabía, naturalmente, que en esa forma estaba arriesgándose temerariamente. Se lo dijeron sus compañeros y amigos del exterior, No quiso irse. Se negó siempre.

Murió combatiendo, luchando por sus ideales y la causa de los oprimidos y postergados, la tarde trágica y gloriosa a la vez del 5 de octubre de 1974.

Luchó dos horas, la mayor parte de ellas completamente solo, contra cientos de soldados, numerosos carros blindados y helicópteros. Herido por las bombas y las balas siguió combatiendo. Su compañera yacía en el suelo, también gravemente herida. Le hablaba, trataba de reconfortarla, pero seguía disparando, resistiendo.

"Me haré valeroso por la vía racional", había escrito a los 17 años. Luchó y murió racionalmente esa tarde de octubre de 1974. Veintiún años atrás, cuando apenas tenía nueve años de edad, también en octubre, al ver que había niños en la miseria durmiendo en la calle, había nacido en él su espíritu de lucha y rebeldía.

Veinticuatro horas después, por gestiones personales de un obispo católico, con quien no habíamos hablado y a quien tampoco he tenido el honor de conocer para agradecerle el gesto generoso, nos entregaron su cuerpo desnudo y destrozado. (No sé todavía si sus asesinos se jugaron sus ropas ensangrentadas a la suerte, o se las disputaron como trofeos de guerra). Tenía diez heridas a bala. Una de ellas, la última, le entra por el ojo izquierdo y le destruyó el cráneo.

Al verlo, con el resto de su cara serena, sonriente casi y con un dejo burlesco en la expresión, dije a mi mujer, su madre: "Quienes le dispararon sabían que

aunque desfiguraran su hermoso rostro y destruyeran su cerebro privilegiado, no lograrían jamás borrar la imagen que de él se ha formado el pueblo, ni sepultar sus generosos y sabios pensamientos inspirados por sus elevados y dignificadores ideales" Con él no moría su causa, ni su doctrina liberadora, ni el movimiento arrollador, visionario, incontenible, que él, junto a un grupo de jóvenes chilenos, había creado y que ya ha traspasado las fronteras de Chile. Lo prueban los cientos, los miles de mártires que, antes y después de él, han caído luchando contra la opresión, la injusticia, la tiranía, la barbarie.

El 7 de octubre de 1974, a las 07:30 horas de la mañana, fuimos a sepultarlo. Sólo autorizaron a ocho miembros de nuestra familia para que nos acompañaran hasta el cementerio. Había, en cambio, policía armada y carros blindados en todas las bocacalles y lugares estratégicos del recorrido. Nos rodeaban más de 100 carabineros armados con ametralladoras, numerosos agentes de Investigaciones (que expulsé violentamente de mi casa cuando pretendieron entrar a ella en los últimos momentos anteriores a la partida), y varios oficiales del ejército, vestidos de civil. Muchas ametralladoras nos apuntaban. El coronel y los oficiales de carabineros que dirigían el "operativo", no se atrevían a dar la cara. "Miguel Enríquez Espinoza, hijo mío, dijo su madre con voz entera en el momento en que depositaba el único ramo de flores permitido, hijo mío, tú no has muerto. Tú sigues vivo y seguirás viviendo para esperanza y felicidad de todos los pobres y oprimidos del mundo".

Confusión, inquietud en las filas policiales; sorpresa en los rostros; temor en los plexos vegetativos abdominales; contracciones espasmódicas en las vísceras. Miraron al coronel. Este bajó la vista, corrido (no digo avergonzado porque sería suponer un mínimo de conciencia).

Y su madre tenía razón. Ella había interpretado el pensamiento de millones de chilenos. Miguel sigue viviendo en el corazón y en la mente del pueblo, de los estudiantes, de los profesionales, de los artistas, de los intelectuales, de todos aquellos, en fin, que quieren un mundo mejor y más justo para todos, y no solo y exclusivamente para un grupo de privilegiados.

Hoy día, en este momento, aquí, a miles de kilómetros de su patria martirizada, está renaciendo una vez más. Un hermoso, completo y moderno hospital llevará su nombre. Lo decidieron así los que en él trabajan. Han contribuido a construirlo, con sus propias manos, desde el director hasta el más joven y modesto de sus funcionarios. Cada enfermo que aquí cure sus dolencias, llevará algo de lo que Miguel Enríquez quería: que desapareciera el dolor y el abandono, que la salud, el bienestar y la felicidad alcanzara a todos.

() Discurso pronunciado por don Edgardo Enríquez Fröden (padre de Miguel) en la inauguración del Hospital clínico regional "Miguel Enríquez Espinosa" en la ciudad de La Habana, Cuba, el 5 de septiembre de 1975.*

*(**) Edgardo Enríquez Fröden, médico y educador destacado, padre de Miguel y Edgardo Enríquez. Fué rector de la Universidad de Concepción, Ministro de Educación en el Gobierno del presidente Allende. Destacado miembro de la Logia chilena.*

Reproducido en el libro : Miguel Enríquez, Páginas de Historia y lucha. Ceme, octubre 1999.

PTE



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, tesis, testimonios, discursos, fotos, prensa, etc.) Envía a:
archivochileceme@yahoo.com

NOTA:

El portal del CEME es un archivo histórico, social y político de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores.